



Neil Gaiman

El  
Cementerio  
sin lápidas  
y otras historias  
negras 

# NEIL GAIMAN



*El cementerio sin lápidas  
y otras historias negras*

Traducción de Mónica Faerna

**Rocaeditorial**

## *Introducción*



**C**UANDO era niño, una etapa de mi vida que aún sigo sintiendo muy cercana, me encantaban los relatos breves. Me gustaban porque me daba tiempo a leerlos de principio a fin en los ratos que podía dedicar a la lectura en aquella época: el recreo, la hora de la siesta o los trayectos en tren. Nada más empezar, la historia me atrapaba y me transportaba a un mundo nuevo y desconocido y, en cosa de media hora, me encontraba de nuevo sano y salvo en mi casa, o en el colegio.

Hay historias que, si las lees a la edad apropiada, te acompañarán el resto de tu vida. Puede que olvides el título, o quién las escribió; puede que con el paso del tiempo no recuerdes con claridad los detalles de la trama, pero si un relato te conmueve en cualquier sentido, pasará a formar parte de ti y se instalará para siempre en algún remoto rincón de tu mente.

El miedo es la emoción más intensa y la que deja una huella más profunda. Si un escalofrío te recorre el cuerpo, si al terminar de leer te encuentras cerrando el libro despacito, como con temor y, a continuación, apartándote de él con cuidado, puedes estar seguro de que esa his-

toria permanecerá en tu cabeza para siempre. A los nueve años leí un cuento que terminaba en una habitación con las paredes y el suelo cubiertos de caracoles. Creo recordar que los caracoles en cuestión eran carnívoros y que reptaban lentamente hacia alguien con la intención de devorarlo. Todavía hoy, con sólo recordarlo, siento los mismos escalofríos que sentí al leerlo por primera vez.

La fantasía te cala hasta los huesos. Hay una curva en una carretera por la que paso de vez en cuando desde la cual se divisa un pueblecito situado más allá de unas verdes lomas; por detrás del pueblo asoman unos montes parduscos y de aspecto escabroso y, al fondo del todo, unas montañas cubiertas de niebla. Siempre que paso por allí, recuerdo cuando leí *El Señor de los Anillos*. Ese libro forma parte de mí, sus personajes y la historia que relata se quedaron grabados en algún lugar de mi mente y, cada vez que contemplo ese paisaje, la fantasía de Tolkien vuelve a cobrar vida en mi imaginación como por arte de magia.

Y la ciencia ficción (aunque aquí no encontraréis más que alguna pequeña muestra, me temo) te lleva más allá de las estrellas y te transporta a otras épocas y otras maneras de concebir el mundo. No hay nada mejor que introducirse durante un rato en la cabeza de un ser de otro mundo para recordar lo mucho que tenemos en común con nuestros semejantes.

Los cuentos son como ventanas diminutas que nos permiten asomarnos a otros mundos, a otras formas de pensamiento, a otros sueños. Son vehículos que nos transportan hasta los confines del universo y nos traen de vuelta a casa a tiempo para cenar.

Llevo ya casi un cuarto de siglo escribiendo relatos cortos. Al principio me fueron muy útiles para aprender

el oficio y empezar a desarrollar mi estilo. Lo más difícil cuando eres un escritor novato es terminar algo, y eso fue lo que aprendí escribiendo cuentos. Ahora, la mayor parte de las cosas que escribo son historias bastante largas —cómicos largos, libros largos o películas largas—, y escribir un relato breve, algo que puedo terminar en un fin de semana o, como mucho, en una semana, es una auténtica gozada.

Muchos de mis autores favoritos de cuando era niño siguen estando entre mis preferidos ahora que soy adulto; escritores como Saki o Harlan Edison, John Collier o Ray Bradbury. Hechiceros que practican la magia de cerca, que, con tan sólo veintisiete letras y unos cuantos signos de puntuación, pueden hacerte reír o romperte el corazón; y todo, en unas pocas páginas.

Otra ventaja que tiene un libro de cuentos es que no tienen por qué gustarte todos los relatos que lo componen. Si tropiezas con uno que no te gusta, no importa; tarde o temprano encontrarás uno que sí.

En este libro encontraréis desde un relato policíaco basado en personajes populares del folclore infantil hasta uno sobre un grupo de gente que disfruta comiendo; desde un poema sobre cómo debes comportarte si de pronto te encuentras metido en un cuento de hadas hasta un relato sobre un niño que se tropieza con un trol al pasar por debajo de un puente y termina haciendo un trato con él. También hay un cuento que formará parte de mi próxima obra —*El libro del cementerio*—, y que trata de un niño que vive en un cementerio, donde los muertos cuidan de él; y otro cuento que escribí cuando aún era un escritor novato y que se titula «Cómo vender el puente de Ponti», un relato fantástico inspirado en un personaje real, el *Conde Victor Lustig*, que llegó a vender la Torre Eiffel de un modo muy parecido a como sucede

en el cuento (y que murió en la prisión de Alcatraz unos años más tarde). Además, hay un par de historias de no mucho miedo, otras dos bastante cómicas y unas cuantas más que no sé muy bien cómo clasificar pero que, en cualquier caso, espero que os gusten.

NEIL GAIMAN  
Agosto de 2006

*El cementerio sin lápidas  
y otras historias negras*





## EL CASO DE LOS VEINTICUATRO MIRLOS



**E**STABA sentado en la oficina, limpiando tranquilamente mi automática y echándome unos tragos. Fuera no había parado de llover en todo el día, cosa no precisamente insólita en nuestra hermosa ciudad, diga lo que diga la oficina de turismo. Pero, qué demonios, yo estaba allí tan ricamente. Y no trabajo para la oficina de turismo. Soy detective privado, y de los mejores aunque, a

17

Nota de la traductora:

Imaginaos a nuestro viejo amigo el señor Don Gato transformado en un cínico detective privado; un buen día, los Cinco Lobitos se presentan en su oficina y le contratan para investigar la misteriosa desaparición de un tal Mambrú, que fue visto por última vez en la oficina de reclutamiento. Bien, pues este primer cuento es algo así, sólo que en este caso los personajes proceden de canciones infantiles inglesas con las que probablemente no estaréis familiarizados. Para que no perdáis detalle y podáis seguir el hilo sin problemas, he insertado algunas notas a pie de página en las que os iré dando las explicaciones oportunas sobre quién es quién en esta disparatada historia. *(Esta nota y todas las siguientes son de la traductora.)*

juzgar por las apariencias, nadie lo diría; mi oficina es un cuchitril de mala muerte, no había pagado aún el alquiler de este mes y me estaba bebiendo mi última botella.

Quien más, quien menos, todos tenemos problemas.

Para colmo de males, el único cliente que había tenido en toda la semana no había asomado la jeta por la esquina en la que habíamos quedado. Según él, iba a encargarme un trabajito de los gordos, pero eso ya no importaba: por lo visto, tenía una cita más urgente con el forense.

Así las cosas, cuando aquella muñeca entró en mi oficina pensé que la suerte empezaba a sonreírme.

—¿Qué le trae por aquí?

La mirada que me echó habría podido derretir un iceberg y mis pulsaciones se dispararon más allá de los tres dígitos. Tenía el cabello largo y rubio y una figura que habría hecho romper sus votos al mismísimo Tomás de Aquino. De momento, yo olvidé por completo la promesa que me había hecho a mí mismo de no trabajar nunca para una mujer.

—¿Le interesaría ganarse un buen fajo de billetes?

—La dama tenía una voz seductoramente ronca y no se andaba con rodeos.

—Soy todo oídos. —No quería que se diera cuenta de lo mucho que necesitaba la pasta, así que me coloqué la mano delante de la boca; no es bueno para el negocio que el cliente vea que se te hace agua al oír la palabra «billetes».

La dama sacó una foto de su bolso; ocho por diez, satinada.

—¿Reconoce usted a este hombre?

En mi oficio, conviene estar al tanto de quién es quién.

—Sí —respondí.

—Está muerto.

—Lo sé. No es precisamente una novedad, cariño. Fue un accidente.

La mirada que me lanzó a continuación se podría haber cortado en cubitos para enfriar un cóctel.

—La muerte de mi hermano no fue un accidente.

Entonces, alcé una ceja —para sobrevivir en un oficio como el mío, hay que dominar ciertas artimañas— y repliqué:

—Su hermano, ¿eh?

Me pareció curioso; por su aspecto, resultaba difícil pensar en ella como hermana de nadie.

—Soy Jill Dumpty.

—Así que era usted hermana de Humpty Dumpty...

—Y le diré algo, señor Horner: mi hermano no se cayó de ese muro. Alguien le empujó.

Si la dama estaba en lo cierto, el caso podía ser interesante. Dumpty estaba detrás de la mayoría de los chanchullos que se llevaban a cabo en la ciudad; a bote pronto, me venían a la cabeza por lo menos cinco tipos que no habrían tenido reparos en quitarlo de en medio.

—¿Ha hablado usted con la poli?

—No. Los Hombres del Rey no han demostrado el más mínimo interés en la muerte de mi hermano. Dicen que hicieron cuanto estuvo en su mano por recomponerlo después de la caída.<sup>2</sup>

Me recosté en la silla.

2. HUMPTY DUMPTY: Antes de ser inmortalizado por Lewis Carroll en *Alicia a través del espejo*, este personaje, un huevo, ya tenía su propia canción: «Estaba Humpty Dumpty sentado en lo alto del muro, / cuando perdió el equilibrio y se estampó contra el suelo duro. / Ni todos los caballos y los Hombres del Rey / fueron capaces de recomponerlo otra vez».

—¿Y qué es lo que anda buscando? ¿Qué tengo yo que ver con todo esto?

—Quiero que encuentre al asesino, señor Horner. Quiero poder llevarlo ante un tribunal. Quiero que lo fríen como si fuera un huevo. Ah... Y otra *cosita* más —añadió, como de pasada—. Humpty tenía un sobre pequeño lleno de fotos; iba a enviármelo por correo, pero no tuvo ocasión. Son fotos de carácter médico. Estoy haciendo las prácticas de Enfermería y las necesito para preparar los exámenes finales.

Inspeccioné mis uñas con atención y, tras unos instantes, levanté la vista hacia ella, demorándome fugazmente en su cintura y otras curvas antes de mirarle a la cara. Era una auténtica belleza, aunque su graciosa naricilla tenía algún que otro brillo.

—Acepto el caso. Setenta y cinco por día y una bonificación de doscientos si lo resuelvo.

La dama sonrió; mi estómago dio una vuelta de campana y entró en órbita.

—Le daré doscientos más si me trae esas fotografías. Ser enfermera es lo que más deseo en el mundo —me dijo, y dejó caer sobre mi escritorio tres billetes de cincuenta.

Me limité a esbozar una sonrisilla de indiferencia.

—¿Puedo invitarla a cenar, preciosa? Resulta que acabo de heredar una pequeña fortuna.

Sin poder evitarlo, la dama se estremeció levemente y murmuró no sé qué sobre un problemilla con los enanos, lo cual me hizo sospechar que había dado con algo importante. Luego, me dedicó una media sonrisa que habría hecho perder un decimal al mismísimo Albert Einstein.

—Primero descubra quién asesinó a mi hermano, señor Horner. Y tráigame esas fotos. Después, jugaremos a lo que usted quiera.

La mujer se marchó y cerró la puerta tras de sí. Es posible que fuera siguiera lloviendo, pero no me fijé. Francamente, me daba lo mismo.

Hay ciertos rincones de la ciudad que la oficina de turismo nunca menciona. Rincones a los que no se acerca ni la bofia, a menos que vayan en grupos de tres. Pero, por razones de trabajo, yo suelo frecuentarlos más a menudo de lo que la prudencia aconseja. Y lo que aconseja la prudencia es abstenerse por completo de visitarlos.

El tipo me estaba esperando frente a la puerta del Luigi's. Las suelas de goma de mis zapatos me permitían avanzar sigilosamente sobre la encharcada acera.

—¿Qué tal?, Cock.

Cock Robin dio un respingo y se volvió hacia mí; de pronto, me di de boca con un cañón del 45 que me apuntaba directamente a la cara.

—Ah, Horner, eres tú —dijo, bajando el revólver—. No me llames Cock, ¿vale? Para ti soy Bernie Robin, pedazo de enano, no lo olvides nunca.

—Pues a mí me gusta más Cock Robin, Cock. ¿Quién mató a Humpty Dumpty?

El pájaro tenía una pinta más bien rara, pero en esta profesión uno no puede permitirse el lujo de andar con remilgos. Era mi mejor contacto en los bajos fondos.

—Primero quiero ver algo de pasta.

Saqué un billete de cincuenta.

—Caramba —murmuró—, un billete de los verdes. ¿Por qué no los harán de color malva, o morado, para variar? —Pero lo cogió de todos modos—. Lo único que sé es que el Gordinflón andaba metido en muchos chanchullos.

—¿Y?

—Uno de ellos tenía que ver con veinticuatro mirlos.

—¿Cómo?

—¿Hace falta que te lo deletree? Yo... Aaj... —gritó, y cayó al suelo desplomado, con una flecha clavada en la espalda.<sup>3</sup> Cock Robin no volvería a cantar nunca más.

El sargento O'Grady bajó la vista, observó el cadáver un momento y luego me miró a mí.

—¡Caramba, caramba! —exclamó—. Pero si es el mismísimo Jack Horner.

—Yo no maté a Cock Robin, sargento.

—Ya. Y supongo que la llamada que recibimos en comisaría para avisarnos de que pensabas dar boleto al ya difunto señor Robin (en este preciso lugar y esta misma noche) no era más que una broma.

—Y si he sido yo, ¿dónde están mis flechas? —Abrí un paquete de chicles y me puse a mascar uno—. Es un montaje.

Dio una última calada a su pipa de espuma de mar y, a continuación, se la sacó de la boca y tarareó con aire distraído los primeros acordes de la obertura de *Guillermo Tell*.

—Puede. O puede que no. Pero, en cualquier caso, sigues siendo el principal sospechoso. No abandones la ciudad. Y, una cosa más, Horner...

—¿Sí?

3. COCK ROBIN: En inglés, *robin* es el nombre de un pájaro: el petirrojo. Éste, en particular, tiene también su propia canción: «¿Quién mató a Cock Robin? / Fui yo, dijo el gorrión, / con un arco y una flecha / Yo maté a Cock Robin».

—La muerte de Dumpty fue accidental. Así lo dictaminó el forense y así lo creo yo. Abandona el caso.

Reflexioné unos instantes. Luego, pensé en el dinero y en la chica.

—Ni hablar, jefe.

Él se encogió de hombros.

—Tú sabrás —replicó y, por la expresión de su cara, supe que intentaba advertirme de que era mi propia vida lo que me jugaba de seguir husmeando en esa dirección.

De pronto, me di cuenta de que llevaba razón; si seguía adelante con el caso, me arriesgaba a que alguien se pusiera nervioso y decidiera quitarme de en medio.

—Este caso te viene grande, Horner. Estás jugando con los chicos mayores. Demasiado peligroso.

Y a juzgar por lo que recuerdo de mi paso por la escuela, no le faltaba razón. Siempre que jugaba con los chicos mayores, acababan dándome hasta en el carné de identidad. ¿Pero cómo se había enterado O'Grady de eso? ¿Cómo era posible que él lo supiera? Entonces, me acordé.

O'Grady era el que más me sacudía.

Había llegado el momento de hacer piernas, como se dice en nuestra jerga. Me pateé la ciudad de arriba abajo para llevar a cabo algunas discretas indagaciones, pero no descubrí sobre Humpty Dumpty nada que no supiera de antemano.

Humpty Dumpty era un huevo podrido. Recordaba perfectamente cómo era cuando llegó a la ciudad: un chico espabilado que se ganaba la vida adiestrando animales, con un talento especial para enseñar a los ratones a trepar por los relojes. Sin embargo, no tardó en entregarse a todos los vicios conocidos: juegos de azar, alcohol, mujeres...

La historia de siempre. Un joven brillante y despierto que se cree que las calles de Nanalandia están asfaltadas de oro y, cuando por fin descubre lo equivocado que estaba, ya es demasiado tarde para cambiar de vida.

Dumpty inició su carrera criminal practicando la extorsión y el robo a pequeña escala —adiestró a un equipo de arañas que asustaban a las niñas pequeñas a fin de apartarlas de sus papillas, para así poder robárselas y venderlas después a precio de oro en el mercado negro. Más tarde, se dedicó al chantaje: el juego más sucio de todos. Nuestros caminos se cruzaron una sola vez, a raíz de un trabajito que hice para un niño de la alta sociedad —pongamos que se llamaba Georgie Porgie—. <sup>4</sup> Me contrató para que recuperara unas fotos bastante comprometedoras en las que aparecía besando a diversas niñas y haciéndoles llorar. Logré hacerme con las fotos, pero también descubrí que no era aconsejable mezclarse en los asuntos del Gordinflón. Maldita sea, en mi oficio uno no puede darse el lujo de caer dos veces en el mismo error.

Ahí fuera el mundo es una jungla. Todavía recuerdo lo que le sucedió a la Pequeña Bo Peep <sup>5</sup> nada más llegar a la ciudad... pero no os voy a aburrir ahora con mis problemas. A menos que estéis muertos, imagino que tendréis bastante con los vuestros.

Me puse a repasar lo que habían publicado los periódicos en relación con la muerte del viejo Dumpty. Al parecer, estaba sentado tranquilamente en lo alto de la tapia y, sin más ni más, apareció hecho añicos en el sue-

4. GEORGIE PORGIE: «Georgie Porgie, pudín y pastel, / besaba a las niñas y les hacía llorar. / Cuando los otros niños salían a jugar / Georgie se marchaba a todo correr».

5. LITTLE BO PEEP es una pastorcilla que perdió su rebaño.

lo. Todos los Caballos y los Hombres del Rey se presentaron de inmediato en el lugar de los hechos, pero se ve que el Gordinflón necesitaba algo más que un simple procedimiento de primeros auxilios. Mandaron llamar a un tal Foster —un médico que conoció a Dumpty cuando aún vivía en Gloucester—, pero ningún médico, por bueno que sea, podría devolverle la vida a un muerto.

Un momento... ¡El doctor Foster!

De pronto, sentí saltar en mi cerebro esa chispa tan familiar para cualquiera que lleve en este negocio tanto tiempo como yo. Dos neuronas diminutas establecen el contacto adecuado y, en cuestión de segundos, tu cerebro entero se incendia con un fuego de veinticuatro quilates.

¿Recuerdan al cliente que no acudió a la cita, el tipo al que estuve esperando todo el día en aquella esquina? Una muerte accidental. Ni siquiera me había tomado la molestia de averiguar los detalles; no puedo perder el tiempo investigando a un cliente que no va a poder pagarme la minuta.

Por lo visto, ya no era una sola muerte lo que tendría que investigar. Eran tres.

Levanté el auricular del teléfono y llamé a la comisaría.

—Al habla Horner —le dije al policía que atendió mi llamada—. Póngame con el sargento O'Grady.

Se oyó un chisporroteo y, a continuación, oí la voz de O'Grady al otro lado del hilo.

—O'Grady al habla.

—Soy Horner.

—El pequeño Jack... ¿Qué tripa se te ha roto ahora? —Muy propio de O'Grady. Se burla de mi estatura desde que éramos críos—. ¿Te has convencido ya de que la muerte de Dumpty no fue más que un simple accidente?

—No. De hecho, ahora son tres las muertes que in-

vestigo. La del Gordinflón, la de Bernie Robin y la del doctor Foster.

—¿El doctor Foster? ¿El cirujano plástico? Su muerte fue accidental.

—Sí, claro. Y ahora me dirás que tu padre y tu madre estaban casados.

Se hizo un silencio.

—Horner, si llamas para insultarme y decir vulgaridades, te advierto que no está el horno para bollos.

—Vale, vale, listillo. Si la muerte de Dumpty fue un accidente y la del doctor Foster también, sólo me queda una duda por aclarar.

—¿Quién mató a Cock Robin? —No soy famoso precisamente por mi gran imaginación, pero creo poder jurar que le oí sonreír al otro lado del hilo mientras me respondía—: Fuiste tú, Horner. Y estoy dispuesto a jugarme la placa a que estoy en lo cierto.

Y colgó.

Mi oficina era una nevera y me sentía solo, así que dejé que mis pies me llevaran hasta el bar de Joe en busca de un poco de compañía y un par de copas o seis.

*Veinticuatro mirlos. Un médico muerto. El Gordinflón. Cock Robin...* Maldita sea, aquel caso tenía más agujeros que un queso suizo y más cabos sueltos que una falda de flecos. ¿Y en qué parte de aquel rompecabezas encajaba la despampanante señorita Dumpty? Jack y Jill; seríamos la pareja perfecta.<sup>6</sup> Cuando todo aquel asunto

6. JACK Y JILL: «Jack y Jill subieron a lo alto de la colina / para coger un cubo de agua. / Jack se cayó y se rompió la crisma / y a continuación cayó Jill rodando por la ladera».

terminara, quizá podríamos escaparnos juntos unos días a ese hotelito que tiene Louie en lo alto de la colina, allí nadie pregunta si tienes una licencia de matrimonio. Si mal no recuerdo, el hotelito se llama algo así como El Cubo de Agua.

—Eh, Joe —le dije al camarero.

—¿Sí, señor Horner? —me preguntó mientras secaba un vaso con un trapo que probablemente había vivido tiempos más felices como camisa.

—¿Llegaste a conocer a la hermana del Gordinflón? Se rascó la mejilla con aire pensativo.

—Pues no sabría decirle. Su hermana... Un momento. ¡Si el Gordinflón no tenía ninguna hermana!

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, sí. Estoy seguro. Recuerdo perfectamente el día en que mi hermana dio a luz a su primer hijo; le comenté al Gordinflón que acababan de hacerme tío. El tipo me miró y me dijo: «Tienes suerte, Joe, yo nunca podré decir lo mismo. No tengo hermanos ni hermanas, de hecho no tengo familia ninguna».

Si la enigmática señorita Dumpty no era su hermana, ¿quién demonios era?

—Dime una cosa, Joe. ¿Le viste alguna vez acompañado de una muñeca más o menos de esta altura y con una figura así? —Mis manos trazaron un par de parábolas en el aire—. Una rubia de esas que cortan el aliento.

Joe negó con la cabeza.

—Nunca le vi en compañía de ninguna dama. Últimamente venía por aquí con un médico, pero jamás demostró interés por nada más que sus pájaros y demás animales.

Me eché al colete un trago más y sentí como si me arrancaran de cuajo el velo del paladar.

—¿Sus animales? Creía que ya no se dedicaba a eso.

—Qué va. Hace un par de semanas estuvo aquí con una bandada de mirlos. Por lo visto, intentaba enseñarles a cantar un estribillo: «¿No es éste un exquisito manjar para a mm agasajar?».

—¿Mm?

—Eso es. No tengo la menor idea de quién era el agasajado en cuestión.

Solté bruscamente el vaso. Unas gotas salpicaron la superficie de la barra y me quedé observando cómo iban levantando la capa de pintura.

—Gracias, Joe. Me acabas de ayudar más de lo que te imaginas. Ten: por la información —le agradecí, tendiéndole un billete de diez dólares. Y añadí—: No lo gastes todo de golpe.

En mi profesión, son las bromitas como ésta las que te mantienen cuerdo.

Todavía me quedaba un contacto al que podía recurrir. La Yaya Hubbard.<sup>7</sup> Busqué un teléfono público y marqué su número.

—El Aparador de la Yaya Hubbard: repostería tradicional y sopas caseras.

—Soy Horner, Yaya.

—¿Jack? Ya sabes que no puedo hablar contigo. Me estás buscando un lío.

—No digas eso, corazón, ¿te has olvidado ya de los

7. OLD MOTHER HUBBARD: «La anciana Yaya Hubbard / abrió el aparador / buscando un hueso con el que premiar a su perro. / Pero al abrir el aparador / vio que estaba vacío, / y el pobre perrito se quedó sin su hueso».

viejos tiempos? Todavía me debes un favor. —Hacía tiempo, unos matones de tres al cuarto le desvalijaron El Aparador y yo les seguí la pista y logré recuperar la sopa y todos los bizcochos.

—Está bien. Pero con esto quedamos en paz.

—Tú que estás al tanto de todo lo que se cuece en el mundillo de la alimentación, ¿podrías decirme qué sabes de un pastel con veinticuatro mirlos cantarines dentro?

La Yaya Hubbard emitió un largo y sonoro silbido.

—¿En serio no sabes nada?

—Si lo supiera, no tendría que preguntarte a ti.

—La próxima vez, échales un vistazo a las noticias sobre Palacio antes de preguntar, cariño. Y ándate con ojo: este asunto te viene grande.

—Venga ya, déjate de historias y escupe de una vez.

—Pues resulta que hace unas cuantas semanas decidieron agasajar al Rey con ese preciso manjar... ¿Jack? ¿Sigues ahí?

—Sí, Yaya, sigo aquí —respondí, en voz baja. Y antes de colgar, añadí—: Y estoy empezando a entender muchas cosas.

Al parecer, a fuerza de hurgar con el dedo, el Pequeño Jack Horner había logrado sacarle una pasa a este pastel.<sup>8</sup>

Seguía lloviendo sin parar y hacía frío. Cogí el teléfono de nuevo y pedí un taxi.

Un cuarto de hora después, lo vi surgir de entre las sombras.

—Llega tarde.

8. LITTLE JACK HORNER: según la canción, el Pequeño Jack Horner estaba sentado en un rincón comiéndose un pastel y, hurgando con el dedo, le quitó una pasa y exclamó: ¡Qué buen chico soy!

—Pues, si lo desea, presente una reclamación en la oficina de turismo.

Me senté en el asiento trasero, bajé la ventanilla y encendí un cigarrillo.

Y me fui a ver a la Reina.

La puerta que daba acceso a la zona privada del palacio estaba cerrada con cerrojo. Dicha zona está vedada al público en general. Pero yo nunca he sido público en ningún sentido, de modo que aquel pequeño cerrojo no fue suficiente para detenerme. La puerta de los reales aposentos, ornada con el emblema de la Reina —un enorme corazón rojo—, no estaba cerrada con llave, así que llamé con los nudillos y entré sin esperar respuesta.

30

La Reina de Corazones estaba de pie, frente a un espejo y, al parecer, estaba sola en la habitación.

Tenía un plato lleno de tartaletas de mermelada en una mano, mientras que con la otra, se empolvaba la nariz.

—Qué tal, reina mía —saludé—. ¿O prefiere que la llame, simplemente, Jill?

Seguía siendo una mujer bellísima, aun sin su rubia peluca.

—¡Lárguese de aquí! —susurró.

—Ni lo sueñe, muñeca —repliqué, sentándome en la cama—. Primero déjeme que le cuente un par de cositas.

—Muy bien —dijo, mientras tanteaba la pared que tenía detrás para pulsar el botón de alarma.

No intenté detenerla. Había tenido la precaución de cortar los cables antes de entrar. En mi profesión, toda cautela es poca.

—Déjeme que le cuente un par de cositas.

—Eso ya lo ha dicho antes.

—Se lo contaré a mi manera. ¿Estamos, preciosa?

Encendí un cigarrillo y una delicada pluma de humo azul se elevó en dirección al cielo, donde también acabaría yo si mi corazonada resultaba ser un bluf. Sin embargo, hace tiempo que aprendí a confiar en mis corazonadas.

—De entrada, veamos qué le parece esto: Dumpty, o sea el Gordinflón, no era su hermano. Ni siquiera su amigo. De hecho, le estaba haciendo chantaje. Él sabía lo de su nariz.

A lo largo de mi carrera he visto muchos cadáveres, pero no recuerdo ninguno que tuviera el rostro tan pálido como la Reina cuando mencioné su nariz. Instintivamente, alzó una mano para ocultarla.

—Verá, conozco al Gordinflón de hace tiempo y resulta que sé que hace muchos años se ganaba muy bien la vida adiestrando pájaros y otros animales para que pudieran llevar a cabo ciertos trabajitos no demasiado honestos. Y eso me dio que pensar... Hace poco tuve un cliente que no llegó a presentarse a la cita que habíamos concertado y no pudo acudir a la cita sencillamente porque lo acababan de embalsamar. Se trataba del doctor Foster, un cirujano plástico que procedía de Gloucester. Según la versión oficial, su muerte se debió a que había cometido la imprudencia de sentarse demasiado cerca del fuego y el pobre se derritió.

»Pero supongamos por un momento que alguien le mató para que no pudiera revelar lo que sabía. Entonces sumé dos y dos y... ¡bingo! Déjeme que le describa la escena completa tal como yo la imagino: usted se encontraba en el jardín (probablemente, tendiendo la colada) cuando apareció uno de los mirlos adiestrados que

Dumpty había introducido dentro del pastel y *le arrancó la nariz*.<sup>9</sup>

»De modo que ahí estaba usted, petrificada en mitad del jardín, cubriéndose el rostro con las manos, cuando apareció el Gordinflón con una oferta que usted no podía rechazar. Le dijo que conocía a un cirujano plástico que le dejaría la nariz como nueva, a un precio más que razonable. Nadie tenía por qué llegar a enterarse de lo ocurrido. ¿Voy bien, hasta ahora?

La Reina asintió con la cabeza y, a continuación, con un hilillo de voz, murmuró:

—Más o menos. Excepto que, inmediatamente después del ataque, corrí al salón a comer un poco de pan con miel. Allí fue donde me encontró Humpty Dumpty.

—Muy bien —repliqué. Sus mejillas empezaban a recobrar el color—. A continuación, Foster le practicó la operación y todos tan contentos. Hasta que Dumpty le dijo que había tomado fotos durante su operación. Llegados a este punto, no le quedaba más remedio que deshacerse de él. Un par de días más tarde, salió usted a dar un paseo por los alrededores de palacio. Allí estaba Humpty, sentado en un muro y de espaldas a usted, con la mirada perdida en el horizonte. En un arrebato de locura, se

32

9. La canción a tener en cuenta a partir de ahora se titula «Cántame una canción de a seis peniques». Y dice más o menos así: «Cántame una canción de a seis peniques. / Un puñado de centeno. / Veinticuatro mirlos / dentro de un pastel. // Al cortar el pastel, / los mirlos se pusieron a cantar: / ¿No es éste un delicioso manjar / para a un rey agasajar? // El rey estaba en la Casa del Tesoro / contando monedas de oro. / La reina estaba en el salón / comiendo pan con miel. // La criada estaba en el jardín, / tendiendo la colada, / cuando apareció un mirlo / y le arrancó la nariz.

acercó a él y lo empujó. Entonces Humpty Dumpty perdió el equilibrio y se estampó contra el suelo.

»Mas ahora se encontraba en un serio aprieto. Era imposible que alguien pudiera siquiera imaginar que usted lo había asesinado, pero ¿dónde estaban las fotos? Foster no las tenía en su poder, aunque el tipo era una rata y, además, tenía que deshacerse de él antes de que pudiera hablar conmigo. Pero usted no estaba segura de cuánto podía haberme contado ya y, en cualquier caso, seguía sin saber dónde estaban las dichas fotos, de modo que decidí contratarme para que yo lo averiguara. Y ése fue su gran error, señora mía.

El labio inferior de la Reina tembló y mi corazón se estremeció.

—¿No irá usted a entregarme, verdad?

—Guapa, hace apenas unas horas me tendió una trampa, llamó a la poli y les dijo que me proponía asesinar a Bernie Robin. No esperará que me sienta inclinado a hacerle un favor ahora, ¿verdad?

Con mano temblorosa, la Reina comenzó a desabrocharse los botones de la blusa.

—¿Y no podríamos llegar a alguna clase de acuerdo usted y yo?

Moví la cabeza para indicarle que no.

—Lo lamento mucho, majestad. Mi mamá siempre me decía que mantuviera mis manos bien lejos de la realeza. Es una pena, pero qué le vamos a hacer.

Para no caer en la tentación, aparté la vista de ella. Gran error. En menos de lo que se tarda en cantar una canción de a seis peniques, la Reina sacó una coqueta pistolita de esas que usan las damas. El tamaño del arma no resultaba intimidante, desde luego, pero yo sabía muy bien que bastaba y sobraba para borrar me del mapa definitivamente.

Aquella damisela era *letal*.

—Suelte el arma, majestad —ordenó el sargento O'Grady, que acababa de irrumpir en la alcoba empuñando en su regordeta mano el arma reglamentaria.

—Siento haber sospechado de ti, Horner —me dijo, sin andarse por las ramas—. Sin embargo, tienes suerte de que lo hiciera. Te seguí hasta aquí y he oído toda la conversación.

—Bienvenido, sargento, me alegro de que decidiera dejarse caer por aquí. Pero aún no he terminado. Tome asiento, por favor, y concluiré mi historia.

O'Grady asintió con brusquedad y tomó asiento. No parecía dispuesto a alejarse demasiado de la puerta y seguía apuntando a la Reina con su arma.

Me levanté de la cama y caminé hacia donde estaba la Reina.

—Verá, lo que no le he dicho todavía es quién tenía en su poder esas fotos. Las tenía Humpty, sí, las llevaba encima cuando usted le mató.

Frunció de forma adorable sus delicadas cejas.

—No comprendo... Hice que registraran el cadáver.

—No me cabe la menor duda. Después. Pero los primeros en acercarse al cadáver del Gordinflón fueron los Hombres del Rey. La bofia. Y uno de ellos encontró el sobre y decidió guardárselo discretamente en el bolsillo. Su intención era esperar a que pasara todo el jaleo y reanudar el chantaje. Sólo que esta vez usted no habría sabido a quién debía matar. Y ahora, tengo que admitir que le debo una disculpa —afirmé, mientras me agachaba para atarme los cordones.

—¿Por qué?

—Hace un momento la acusé de haberme tendido una trampa esta misma tarde. Pues bien, reconozco que cometí un error. Aquella flecha pertenecía al que en

tiempos fuera el mejor arquero de mi escuela; debí haber reconocido de inmediato su inconfundible toque. ¿No te parece —pregunté, volviéndome hacia la puerta—, mi querido *Gorrión O'Grady*?

Lo de abrocharme los cordones de los zapatos había sido una simple maniobra de distracción para poder echar mano de algunas tartaletas de mermelada sin que nadie se diera cuenta así que, aprovechando el factor sorpresa, lancé una de ellas contra la única bombilla que había en la alcoba, y la suerte quiso que diera de pleno en el blanco.

Mi estratagema sólo sirvió para retrasar el tiroteo unos pocos segundos, pero unos pocos segundos era todo lo que necesitaba y, mientras la Reina de Corazones y el sargento *Gorrión O'Grady* se acribillaban mutuamente, me escabullí fuera de la alcoba.

En este oficio, lo más importante es proteger al número uno.

35

Masticando una tartaleta de mermelada, abandoné el palacio y salí a la calle. Me detuve junto a un cubo de basura con la intención de quemar el sobre que contenía las comprometedoras fotos —se las había birlado a *O'Grady* justo antes de salir de la alcoba—, pero llovía de tal manera que la llama no habría prendido.

Al llegar a mi despacho llamé a la oficina de turismo para presentar una queja. Me dijeron que la lluvia era una bendición para el campo y yo les expliqué por dónde podían metérsela.

Me dijeron que, quien más, quien menos, todos tenemos problemas.

—Y tanto —respondí.

## EL PUENTE DEL TROL



36 **D**ESMANTELARON la mayor parte de las vías a principios de los años sesenta; por aquel entonces yo tenía tres o cuatro años. Redujeron de manera drástica los itinerarios, de modo que Londres era ya el único destino posible, y la pequeña ciudad en la que yo vivía se convirtió en final de trayecto.

Mi primer recuerdo veraz: tenía dieciocho meses, mi madre estaba en el hospital dando a luz a mi hermana y mi abuela me llevó a dar un paseo hasta el puente y me cogió en brazos para que pudiera ver el tren que pasaba en ese momento por debajo, resollando y humeando como un dragón de negro hierro.

Pocos años después, retiraron los trenes de vapor y, con ellos, la red de ferrocarril que comunicaba los pueblos y ciudades de alrededor.

Yo no fui consciente de la extinción de los trenes. Para cuando cumplí los siete ya eran historia.

Vivíamos en una casa antigua situada en las afueras de la ciudad. Frente a ella se extendían una serie de campos en barbecho. A menudo, saltaba la valla y me tumbaba a leer a la sombra de las cañas; o, si tenía ganas de